

rá presto á emprender el viaje con vos, y podrá seguir en camino con dos caballos aparejados que irán detrás de vuestro carruaje y que se separarán en Boulogne, donde será menester que mi bastardo se detenga.

Ya se acerca el día de vuestra salida, y creo que no lo retardaréis. En toda mi vida pienso regalarme con mejor aguinaldo que el que con vuestra llegada se me prepara para el día de Año nuevo.

AL SEÑOR BARÓN DE BRETEUIL

Voy á obedeceros, señor, dándoos cuenta fiel de las viruelas que padeci, de la manera singular como fui cuidado, y, en fin, del accidente de Maisons, que me imposibilitará por largo tiempo de considerar como una dicha mi vuelta á la vida.

El señor presidente de Maisons y yo nos sentimos indispuestos el 4 de noviembre último; mas por fortuna todo el peligro cayó sobre mí. Hicímonos sangrar el mismo día; á él le fué bien con ello, pero á mí me atacaron las viruelas. Esta enfermedad apareció después de dos días de fiebre, anunciándose con una erupción ligera. Hice que me sangraran de nuevo, por iniciativa propia, á pesar de la preocupación corriente; el señor de Maisons tuvo la bondad de enviarme al día siguiente al señor Gervasi, médico del señor Cardenal de Rohán, á quien dominaba cierta repugnancia al tener que cuidar inútilmente, en un cuerpo delicado y débil, unas viruelas que habían llegado ya al segundo día de erupción y cuyas consecuencias habían sido remediadas solamente con dos sangrías harto ligeras, sin el empleo de ningún purgante.

Vino de todas suertes, encontrándome con calenturas malignas. En los comienzos mi enfermedad le dió mala espina: los criados que me rodeaban lo echaron de ver, y no me dejaron duda acerca de ello. Al mismo tiempo me anunciaron éstos que el cura de Maisons, que se interesaba por mi salud y no tenía miedo á las viruelas, quería, á ser posible, verme sin ocasionarme molestias: ordené que entrara al punto y me confesé é hice testamento, el cual, como bien se os alcanzará, no fué largo. Después de esto aguardé la muerte con bastante tranquilidad, mas no sin lamentar el no haber dado la última mano á mi poema y á *Mariamne*, ni sin sentirme contrariado por separarme tan temprano de mis amigos. Mientras tanto, el señor Gervasi no me abandonaba un momento; estudiaba en mí con atención los movimientos todos de la naturaleza; nada me ordenaba tomar, sin explicarme el por qué; dejábame entrever el peligro y claramente me mostraba el remedio; todos sus razonamientos llevaban á mi espíritu la convicción y la confianza, procedimiento muy necesario á un médico para con su enfermo, puesto que la esperanza de sanar constituye ya la mitad de la curación. Vióse obligado á hacerme tomar hasta ocho veces emético, y en lugar de los cordiales que ordinariamente se suministran en esta enfermedad, hizome beber doscientas medias azumbres de limonada. Este régimen, que os parecerá extraordinario, era el único capaz de salvarme la vida; todo camino distinto hubiérame conducido á una muerte infalible, y estoy convencido de que la mayor parte de los que han succumbido víctimas de esta temible enfermedad vivirían aún si hubieran sido asistidos como yo.

El prejuicio vulgar detesta en el tratamiento de las viruelas la sangría y las medicinas; sólo pide cordia

les : el enfermo bebe vino y hasta se le sirven sopicaldos. Y el error sale victorioso, porque muchas personas curaron con este régimen. No se tiene presente que las únicas viruelas que así se cuidan con buen éxito son aquéllas á las que ningún accidente funesto acompaña y que en manera alguna son dañinas.

La viruela por sí misma, despojada de toda circunstancia extraña, no es más que una depuración de la sangre, beneficiosa á la naturaleza, la cual, al limpiar al cuerpo de sus impurezas, le prepara una salud vigorosa. Aunque unas viruelas de esta índole sean ó no tratadas con cordiales y aunque se purgue ó no al enfermo, éste sana seguramente.

Cuando ninguna parte esencial del organismo se encuentra enferma, las llagas más grandes se cierran fácilmente, ya por medio de la succión, ya fomentándolas con vino y aceite, ya con agua de Rabel, bien aplicando emplastos ordinarios, ya, en fin, sin echar mano de ningún remedio; mas cuando los resortes de la vida se ven atacados, es inútil el auxilio de todos esos remedios, y apenas si alcanza el arte de los cirujanos más hábiles : lo propio sucede con las viruelas.

Cuando la fiebre maligna las acompaña ; cuando el volumen de la sangre, aumentando en los vasos, está á punto de romperlos ; cuando el depósito se halla presto á subir al cerebro, y cuando el cuerpo está lleno de bilis y de materias extrañas, cuya fermentación excita en el organismo mortales trastornos, entonces la simple razón debe enseñar que es indispensable la sangría ; ésta purificará la sangre, distenderá los vasos, hará el juego de los resortes más flexible y más fácil, desembarazará las glándulas de la piel y favorecerá la erupción : en seguida los médicos, sirviéndose de grandes evacuaciones, arrancarán la raíz del mal, y arrastrando con

aquéllas una parte de la levadura de la viruela, dejarán al resto con libertad más completa desarrollarse, é impedirán que la viruela sea confluyente ; en fin, vese que el jarabe de limón, mezclado con una tisana refrescante, dulcifica la acrimonia de la sangre, calma el ardor, se desliza con él por las glándulas miliares hasta las pústulas, se opone á la corrosión de la levadura y hasta suprime la huella que comunmente dejan las pústulas en el semblante.

Un solo caso existe en que los cordiales, hasta los más poderosos, son indispensablemente necesarios : cuando la sangre perezosa, detenida además por la levadura que embaraza todas las fibras, carece de fuerzas para empujar hacia fuera el veneno de que está cargada. Entonces los polvos de la condesa de Kent, el bálsamo de Vanseger, el remedio del señor Aignan¹ y otros análogos, disuelven las partes de esta sangre casi coagulada, hacen que se deslice rápidamente separando de ella la materia extraña y abren los conductos de la transpiración al veneno que busca salida.

Pero en el estado en que yo me hallaba, tales cordiales me hubieran matado ; todo esto que voy diciendo muestra palmariamente que los charlatanes que en París hormiguean, quienes suministran remedio idéntico (no digo para todos los males, sino siempre para el mismo mal), son envenenadores á quienes sería necesario castigar.

Todos los días oigo formular en punto á enfermedades un razonamiento falsísimo y funesto. Este hombre, dicese, se curó mediante tal procedimiento ; yo tengo igual enfermedad que él ; de suerte que debo aplicarme el mismo remedio. ¡ Cuantísimas gentes mueren por ra-

1. Capuchino llamado el *P. Tranquilo*. Inventó, entre otros remedios, el bálsamo tranquilo.

zonar de este modo! No quiere tenerse en cuenta que los males que nos afligen son tan diferentes como los rasgos de nuestras fisonomías, y como dice el gran Corneille (me permitiréis que cite á los poetas),

Quelquefois l'un se brise où l'autre s'est sauvé,
Et par où l'un périt un autre et conservé.

(*Cinna*, acto II, escena 1.)

Pero esto ya es echarlas demasiado de galeno: me parezco á esas personas que habiendo ganado un importante proceso con el auxilio de un abogado competente, retienen luego en sus conversaciones durante algún tiempo el lenguaje forense.

Mientras soportaba mi mal, señor, lo que más me consolaba era el interés que vos mostrábais por mí y las atenciones de mis amigos y las bondades indecibles con que la señora y el señor de Maisons me honraban. Gozaba, por otra parte, la dulzura de tener junto á mí á un amigo, quiero decir á una persona á quien precisa incluir en el reducidísimo número de hombres virtuosos, que son los únicos que conocen la amistad, de la que el resto del mundo no sabe sino de oídas; este hombre es el señor Thiriot. Bastóle oír hablar de mi enfermedad para franquear cuarenta leguas de camino en diligencia y venir á ser mi enfermero; desde el punto en que llegó no me dejó solo un momento. El día 10 me encontraba completamente fuera de peligro y el 16 hacía ya versos, á pesar de la debilidad extrema, que todavía me dura, engendrada por el mal y por los remedios.

Esperaba con impaciencia el momento de poder librarme de los cuidados que me procuraban en Maisons y acabar con el embarazo que allí ocasionaba; cuantas mayores bondades inspiraba, más me apresuraba á no

abusar por más tiempo. Por fin el 1.º de diciembre me encontré en disposición de ser trasladado á París, que fué un momento bien funesto. Apenas había dado unos doscientos pasos, cuando una parte del piso de la habitación que yo había ocupado se desploma, enteramente envuelta entre las llamas. Las habitaciones vecinas y las piezas inferiores, así como los preciosos muebles que las decoraban, todo fué consumido por el fuego: la pérdida sube á cerca de cien mil francos; y sin el socorro de las bombas que se enviaron á buscar á París, hubiérase visto arrasada una de las más hermosas construcciones del reino. Ocultáronme á mi llegada tan extraña nueva; supela únicamente cuando desperté, y acaso no imaginéis cuál fué mi desesperación; ya conocéis los generosos cuidados que el señor de Maisons había mostrado hacia mí; como un hermano fui tratado en su casa, y el premio de bondades tantas fué el incendio de su vivienda. Érame imposible concebir cómo había podido prender el fuego de una manera tan brusca en mi cuarto, donde no había yo dejado sino un tizón casi apagado; luego supe que la causa del incendio había sido una viga que pasaba precisamente bajo la chimenea. Este desacierto se ha corregido en la construcción de los edificios del día, y hasta los frecuentes incendios á que daba lugar obligaron á que las leyes velasen para impedir tan peligroso modo de edificar. La viga de que hablo se había abrasado poco á poco con el calor del suelo de la chimenea, el cual descansaba en ella inmediatamente; y por una casualidad singular, cuya dicha no he gustado seguramente, el fuego que allí se incubaba hacía dos días no estalló sino un instante después de mi partida.

Yo no he sido causa de este accidente, mas si la ocasión desdichada; y me procuró el mismo dolor que si

hubiera sido realmente culpable; la fiebre volvióme al punto, y os aseguro que en este momento siento que el señor Gervasi me haya salvado la vida.

Los señores de Maisons recibieron la nueva con mayor tranquilidad que yo; la generosidad de ambos fué tan grande como su pérdida y mi duelo. El señor de Maisons llegó al colmo de sus bondades previniéndome él mismo del suceso por cartas, las cuales bien acreditan que sobresale por igual en corazón y en ingenio; ocupábase en ellas del cuidado de consolarme, y diríase que era él quien había puesto fuego á mi castillo; pero su generosidad no sirve sino para hacerme lamentar más vivamente todavía la pérdida que le he causado, y así el dolor como mi admiración hacia él nunca se borrarán de mi memoria.

AL SEÑOR THIRIOT

Forges, 20 de julio de 1724.

Ni más noticias verbales, amado amigo, ni más gacetas tampoco; estamos en Forges, en el semillero de todas las novedades. No os aconsejo el comenzar la edición al precio que se os propone; mejor sería, á mi entender, que os las arreglarais con un librero, el cual se encargaría de los riesgos y gastos, y dándoos cincuenta ó sesenta doblones, dejaría incólume vuestro sosiego. Pensad si os place en los peligros que corrió Enrique IV. Milagrosamente franqueó las puertas de la capital. Se ha vociferado mucho contra él, y como la severidad aumenta de día en día en punto á inquisición librerescas, pudiera muy bien suceder que secuestrasen los ejemplares del P. Chaulieu, á causa de las supuestas impiedades que en ellos se encontraran. Por

otra parte, vivid seguro de que os costará más de cien doblones el hacer salir los volúmenes de Ruán; unid á esto los gastos del viaje del depósito y de la venta, y veréis que la ganancia será escasisima además de insegura; reparad también en que la edición probablemente no estaría terminada para cuando os precise partir de la Rivière, puesto que Viret ha necesitado cinco meses para imprimir *la Henriada*. Una vez más lo repito: creo que sería ventajosisimo para vos arreglar el trato mediante un centenar de doblones, para evitar así los embarazos y temores inseparables de empresas análogas. He dedicado unos versos á la duquesa de Bethune; pero como están elaborados en Forges, donde nunca se hicieron buenos, no me determino á enviároslos.

Á LA SENORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Forges, agosto de 1724.

La desdichada muerte del señor duque de Melún acaba de modificar todos nuestros propósitos; al señor duque de Richelieu, que le quería tiernamente, le ha ocasionado un dolor que muestra la bondad de su alma, pero que dió al traste con su salud. Se ha visto obligado á interrumpir las aguas, y comenzará de nuevo á tomarlas dentro de unos días.

Yo permaneceré á su lado unos quince más; así que no contéis ya con nosotros el viernes próximo; en cuanto á mí empiezo á temer que las tales aguas me hagan daño, después de haberme sentado bastante bien. Si la salud me acompaña, volveré alegremente á la Rivière; si me abandona, regresaré tristemente á París, pues en verdad, estoy avergonzado de no pre-

sentarme ante mis amigos, sino con un estómago echado á perder y un espíritu mustio. Quiero concederos solamente los días hermosos y no sufrir más que de incógnito.

Por si no sabéis ningún pormenor de la muerte del señor de Melún, he aquí algunos particulares sobre ella:

El sábado pasado corría ciervos con el señor duque; habian cogido ya uno, é iban tras un segundo. El señor duque y el señor de Melún encontraron al animal en una senda estrecha que estaba frente á ellos, y el primero tuvo lugar de echarse á un lado; el segundo creyó que tendría tiempo de cruzar el camino del ciervo, y adelantó su caballo; mas al punto la fiera le alcanzó embistiéndole con cornada tan furiosa, que dieron en tierra el caballo, el caballero y el ciervo. El señor de Melún tenía cortado el bazo, el diafragma horadado y hundido el pecho; el señor duque, que se hallaba solo con él, le vendó la herida con su pañuelo, sujetándola con la mano por espacio de tres cuartos de hora; el herido vivió hasta el lunes siguiente, día en que expiró á las seis de la mañana, en los brazos del señor duque y en presencia de toda la corte, enterrecida y consternada con tan trágico espectáculo, el cual olvidará muy pronto. En cuanto murió trasladóse el rey á Versalles, y entregó al conde de Melún el regimiento del difunto. Es más sentida su muerte de lo que en vida fué querido: era un hombre á quien adornaban pocos atractivos, pero mucha virtud, y á quien todos se veían obligados á apreciar.

De París nos dicen que la señora de Villette ha ganado su proceso en Inglaterra, y ha hecho público su matrimonio. Estas son todas las noticias que sé. La pluma se me cae de la mano. Os suplico que digáis á

Thriot que le escribiré algunos volúmenes en cuanto mi cabeza se despeje.

AL SEÑOR THIRIOT

Forges, 5 de agosto de 1724.

Es preciso, mi querido Thriot, que yo pase aquí doce días más. El señor duque de Richelieu tomará las aguas durante ese tiempo, y no puedo abandonarle en medio del dolor que le domina; en cuanto á mí, dejaría las aguas á un lado, porque me ocasionan mayor daño que bien me produjeron. Hay más vitriolo en una botella de Forges que en una botella de tinta; y francamente, no creo que la tinta sea demasiado buena para la salud. Cuando el señor de Richelieu salga de Forges, volveré seguramente á la Rivière. Allí encontraré, sin duda, algunos ejemplares del P. Chaulieu. Os daré los versos de la señora duquesa de Bethun y os mostraré una obrilla que tengo ya muy adelantada, acerca de la cual me atrevo á opinar favorablemente, puesto que satisface al implacable señor duque de Richelieu. Probablemente no me veréis con mejor salud, pero sí seguramente con la amistad de siempre.

Todos mis respetos á los señores de Bernières y á cuantos se encuentran en la Rivière.

AL SEÑOR THIRIOT

París, 24 de agosto de 1724.

Decidme, querido amigo, si recibisteis la carta que os escribí hace ocho días, y si la señora de Bernières recibió igualmente la en que le daba cuenta de mi en-

trevista con el señor de Argensón. Acabo de preparar una antesala en vuestro cuarto, pero yo temo mucho no poder ocupar el mío. He permanecido en casa una semana, con el fin de ver si me era posible trabajar de día y dormir de noche (dos cosas sin las cuales no puedo vivir); pero no hay medio de dormir ni de pensar con el ruido infernal que hasta allí llega; para habituarme puse empeño en permanecer en él durante ocho días. Esta heroicidad me acarreó unas tercianas dobles, viéndome por fin obligado á abandonar la casa. Heme alojado en una fonda, donde rabio y sufro mucho. Este es un estado cruelísimo para mí; pues no queriendo abandonar á la señora de Bernières, me es imposible vivir en su maldita casa, que en invierno es fría como el polo, en la cual huele á estiércol y donde hay un ruido infernal. Verdad es que la única época en que la casa no se habita, se goza en ella de buenas vistas. Mucho me contraría el haber aconsejado á los señores de Bernières que hicieran semejante adquisición; pero es verdad que no es la única torpeza que en mi vida cometí. No sé adonde irá á parar todo esto; lo que sé es que precisa en absoluto que yo acabe mi poema, para lo cual he menester de un lugar sosegado, y en la vivienda de la calle de Beaune no puedo hacer sino la descripción de carretas y carrozas. Por el cuidado de mi salud me atemorizan Fontainebleau, Villars y Sully y también por Enrique IV. Allí no trabajaría, comería demasiado y perdería un tiempo precioso en complacencias y placeres, el cual hay que aplicar al trabajo necesario y honroso. Así que, luego de haber tanteado las circunstancias de la situación en que me encuentro, creo que lo mejor será regresar á la Rivière, donde se me consiente omnimoda libertad, y donde estaré mil veces más á mi gusto que en otra parte. Ya sabéis

cuán grande es la afección que me une á la dueña de la casa, y cuánto es mi regocijo en vivir al lado vuestro; pero temo que por ahí haya mucho alboroto. Decidme lo que sobre este particular sucede, y quedad con Dios, querido amigo.

AL SEÑOR DE CIDEVILLE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO
Apdo. 1625 MONTEKREY, MEXICO
1724.

Por fin ya no me encuentro tan moribundo como me encontraba; á medida que renazco, siento también revivir mi cariñosa amistad hacia vos y aumentar los secretos remordimientos de no poderos escribir sino en prosa; aguardo impaciente el momento de mi viaje á Normandía, país que considero como el mío en atención á que es el vuestro. Os escribo desde un lugar bien extraño para mí, desde Versalles, cuyos habitantes desconocen la prosa y el verso. Aquí me consuelo del fastidio que los versalleses me procuran con el placer de escribiros y con la esperanza de veros. Si vuestros amigos se acordasen todavía de un pobre moribundo, os rogaría que les hicierais presentes mil parabienes de mi parte. Adiós, sed un poco sensible á la tierna amistad que Voltaire os profesará toda su vida.

AL SENOR THIRIOT

10 de septiembre de 1724.

Héteme ya completamente libre de mis calenturas y de mi posada. Regresé á la fonda de Bernières, donde el gusto de ser vecino vuestro me hace soportar el rui-

do espantoso que aquí nunca falta, y partiré muy pronto para la Rivière si mi salud se acaba de fortificar; mas no me encuentro aún en disposición de emprender viaje en diligencia. Puede ser que á pesar de mi inclinación por la Rivière me vea obligado á permanecer en París; aquí llevo una vida más solitaria que en el campo, y os aseguro que no pierdo ni un momento si es que así puede llamarse el emplear el tiempo seriamente en componer versos y otras obras igualmente frívolas. Muy bien pudiera encontraros algunas composiciones del señor de La Fare, las cuales andan en manos de su hija; mas ignoro por qué motivo corre el rumor de que sus obras é igualmente las del Padre Chaulieu es verán muy luego en letras de molde; la señora de la Fare lo oyó así y la noticia no fué de su gusto. De suerte que si ella viese en la colección algunas composiciones que me hubiera confiado, se indispondría conmigo, procurándome un tanto la reputación de impresor-librero. Los gastos de mi instalación me arruinaron, y para colmo de males me han robado buena parte de mi mobiliario; menos mal que pude dar con la mitad de nuestros libros extraviados. Se me llevaron la ropa blanca, vestidos y porcelanas, y bien pudiera suceder que hubieran también saqueado á la señora de Bernières. He aquí las consecuencias de tener como portero á un suizo estúpido é interesado, que oficia de tabernero en lugar de disponer de una persona afectuosa. Os suplico que me digáis si habéis prestado á alguien un tomo de la respuesta de Jurieu á Maimbourg sobre el calvinismo. Éste es uno de los libros perdidos que deploro más por lo bien que de él se habla en la corte de Roma. La soledad en que vivo es causa de que no os escriba grandes nuevas. Solamente oigo decir, y eso desde mi ven-

tana, que el rey de España ha muerto de las viruelas¹. Lo cual en nada modificará los negocios de Europa, mas si los suyos propios. Hacedos muy fuerte en historia; así engendraréis en mi tal emulación y os seguiré en este camino. Paréceme que ambos seremos más felices cuando cultivemos idénticas aficiones. Ayer recibí noticias de la señora de Bernières; decidla que soy más suyo que en ningún tiempo, y que preferiría siempre su amistad á todas las cosas de que me supone prendado.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

Septiembre de 1724.

Por fin ocupo mi cuartito en vuestra casa, y quisiera dejarlo cuanto antes para ir á ocupar otro en vuestras tierras; pero no me encuentro aún en situación de trasladarme á ninguna parte. Las aguas de Forges me han puesto á morir. En vuestra casa llevo una existencia solitaria; renuncié por completo á la naturaleza, y considero las enfermedades algo largas como una especie de muerte que nos separa de todo el mundo, haciendo que á todo el mundo olvidemos; yo traté de acostumbrarme á este primer género de muerte, á fin de asustarme menos de la otra.

Cependant, par Saint Jean, je ne veux pas mourir!

Me impuse un régimen tan puntual, que necesariamente tendré salud este invierno. Si puedo salir á vuestro encuentro á la Rivière, os confieso que me encantará el que allí permanezcáis mucho tiempo; pero si

1. Se refiere á Luis I, hijo de Felipe V.

me veo obligado á quedarme en París, quisiera de todo corazón haceros detestar la Rivière y vuestros hermosos jardines. En este país no hay grandes nuevas. La muerte del rey de España nada modificará sino nuestros trajes. Dicese que el luto durará tres meses. El señor de Autrey se muere, y la señora de Mallebois también; estoy seguro de que ambas cosas apenas os preocupan.

AL SENOR THIRIOT

26 de septiembre de 1724.

Mi salud no me consiente todavía salir á vuestro encuentro; sigo siempre en el hotel de Bernières, donde vivo rodeado de soledad y sufrimientos; pero una y otros dulcificados con un trabajo moderado que me entretiene y me consuela. La enfermedad no me ha vuelto ni más indiferente para con mis amigos ni menos cuidadoso de sus intereses. He obligado al señor duque de Richelieu á que os lleve de secretario de su embajada. **L**eseaba que ocupara este cargo Champot, el hermano del señor de Pouilli, y hasta Destouches quería emprender con él el viaje; mas al fin logré que la elección recayera en vos. Le he dicho que, no siéndome posible seguirle tan pronto á Viena, le entregaba la mitad de mí mismo, y que la otra mitad saldría en breve. De ser prudente, mi querido Thiriot, aceptaréis este empleo, el cual, en la situación en que nos encontramos, es para vos tan necesario como honroso. No sois rico, y es muy poca cosa una fortuna cuyo fundamento consiste en tres ó cuatro acciones de la compañía de Indias. Bien sé que mi fortuna será siempre la vuestra; mas os advierto que nuestros negocios del tribunal de Cuentas

van muy mal, y que estoy expuesto á quedarme sin nada de la herencia de mi padre. En estas circunstancias no debéis desdeñar el cargo que mi amistad os ha procurado. Aun cuando éste no os sirviese sino para hacer sin gastos y con sueldo el viaje más agradable del mundo, para daros á conocer, haciéndoos á la vez capaz en los negocios y prosperar vuestros talentos, ¿no os daríais por muy contento? Este puesto puede llevar fácilmente á un hombre de talento y juicioso al desempeño de empleos y cargos bastante ventajosos. El señor de Merville, de cuya amistad estoy muy seguro, puede hacer algo por vos. De todas suertes, lo peor que pudiera ocurrir, tal como las cosas van, es que siguiérais en la embajada del señor duque, ó que volviérais á vuestro tugurio junto á mí. Además cuento con veros en Viena el otoño próximo; así que, en lugar de perderos de vista, al procuraros este puesto, no hago sino acercarme más á vuestra persona. Reflexionad sobre lo que os escribo y aprestaos á comparecer ante el duque de Richelieu y el señor de Merville cuando yo os lo avise. Si vuestra edición está empezada, dadle cuanto antes la última mano; si no lo está, no le déis la primera. Vale más que penséis en vuestra fortuna que en ninguna otra cosa. Adiós; os recomiendo mucho vuestros intereses; tomadlos tan á pechos como yo los tomo, y añadid al estudio de la historia de Alemania el de la universal. Comunicad á la señora de Bernières mis recuerdos más cariñosos.

Á LA SEÑORA PRESIDENTA DE BERNIÈRES

París, octubre de 1724.

¿Es posible que no haya llegado á vuestras manos la carta que os escribí dos días después de la partida de

Pignon? Nada contenía, aparte de lo que de sobra conocéis en mí: mis sufrimientos y mi amistad. Celebré ahora el aniversario de mis viruelas; la gravedad de estos días no ha sido grande; mas de todas suertes, estoy tranquilo, porque puse en práctica mis medidas, y acaso mi tranquilidad podrá devolverme la salud que las agitaciones y trastornos de mi alma pudieran muy bien haberme arrebatado. He soportado desdichas de todos géneros. Del hado no recibo mejor trato que de la naturaleza, y sufro mucho de todos los males; pero he reunido en toda su integridad mis raquíticas fuerzas para resistirlos. No busco consuelos en el comercio del mundo, ni tampoco se encuentran en él; en mí mismo los he buscado, y en vuestra casa soporto la soledad y el mal con la esperanza de pasar á vuestro lado horas de sosiego. Vuestra amistad basta para compensar todo lo demás. Si mi inclinación decidiere de mi conducta, ahí me encontraría ya; pero me retienen en París, Bosleduc con sus medicamentos; Cafrión, que me hace sufrir á diario como un condenado con la esencia de canela, y, en fin, los intereses de nuestro querido Thiriot, que tomo más á pechos que los míos propios. Es menester que os diga, y que sólo á vos os lo diga, que exclusivamente de él depende el ser uno de los secretarios de la embajada del duque de Richelieu. Se me olvidó decirle en mi carta que en el puesto que está llamado á ocupar no habrá nadie que en autoridad le aventaje, lo cual contribuirá á hacerle su empleo más grato. Ya conocéis cuál es su fortuna, y, por consiguiente, que no puede ejercer dichosamente el talento de la ociosidad. La mía toma un cariz tan diabólico en el tribunal de Cuentas, que acaso me vea obligado á trabajar para vivir después de haber vivido para trabajar. Es necesario que Thiriot me dé el ejemplo. Nada

puede hacer más ventajoso ni más honroso en la situación en que se encuentra, y para mí la cosa es jugar el todo por el todo, puesto que me resuelvo á privarme de él por algún tiempo. Mas si le es dable prescindir del empleo, si prefiere vivir con nosotros, yo me daré por contento con tal de que él lo esté: sólo busco su provecho; en él estriba la elección. Así procederé toda mi vida con las personas á quienes quiero, y, por consiguiente, con vos, á quien con los ojos cerrados obedeceré toda mi vida sincera y cariñosamente.

AL SEÑOR THIRIOT

Octubre de 1724.

Cuando os brindé con el puesto de secretario en la embajada del señor duque de Richelieu, propúseos un empleo que á mi hijo hubiera ofrecido, si hubiera tenido un hijo, y que yo mismo aceptaría si no me lo impidieran mis ocupaciones y mi salud. Seguramente habria yo considerado como una gran ventaja el poder informarme de los negocios en el escenario más hermoso y en la primera corte de Europa. Este empleo es además tanto más grato, cuanto que nela de Alemania no hay secretario de embajada en jefe; hubiérais mantenido, por consiguiente, una relación necesaria y no interrumpida con el ministro, y por poco que el deseo de instruiros os hubiese tentado elevándoos por vuestros méritos y por vuestra asiduidad al trabajo más honroso y más digno de un hombre de talento, hubiérais estado más en aptitud que cualquiera otro para aspirar á los puestos que son ordinariamente la recompensa de esos empleos. El señor Dubourg, secretario que fué del conde

de Luc (y por él retribuido), está hoy encargado en Viena de los negocios de nuestra corte con ocho mil libras de sueldo. Si lo hubiérais tenido á bien, os doy palabra de que os aguardaba fortuna parecida. Cuanto al salario que tanto os subleva, y sin embargo tan sin razón, habriais podido dejarlo á un lado; y puesto que os es dable prescindir de apoyo en casa del señor de Bernières, con facilidad mayor hubierais podido hacer otro tanto en casa del embajador de Francia, y acaso no os habriais avergonzado recibiendo de la mano del representante real presentes que hubieran aventajado al sueldo.

Habéis rehusado el empleo más honrado y más útil que jamás pueda presentárseos. Yo supongo que sólo habéis procedido así después de madura reflexión, y que estáis seguro de no arrepentiros en todo lo que os queda de vida. Si fué la señora de Bernières quien os impulsó á tomar semejante determinación, malísimo consejo fué el suyo; si en realidad teméis, como decís, el ser deméstico de un gran señor, la disculpa no sería tolerable. ¿Tanta fortuna habéis hecho desde la época en que el limite de vuestras aspiraciones consistía en ser secretario del duque de Richelieu, que no era entonces embajador, ú oficial de secretaría? Hablando con sinceridad: ¿hay alguien entre vuestros hermanos que no mirase como una singular fortuna el puesto que menospreciáis?

Todo lo que os digo y encomiendo se dirige á mostraros cuán grande es vuestro error, mas en modo alguno á que vuestro parecer se modifique. Para ello sería necesario que experimentarais lo ventajoso del cargo que se os ofrece, aceptarlo con avidez y que á él os consagrarais por entero, ó de lo contrario abandonarlo completamente. Si lo aceptarais de mala gana, lo des-

empeñaríais pésimamente, y en vez del placer sumo que pudiera procuraros no hallaríais en él sino cansancio y ningún recurso material. De suerte que no pensemos más en el asunto; preferid la pobreza y la ociosidad á una honradísima fortuna y á un cargo envidiado de tantos escritores, el cual no pondría yo sino en vuestras manos en caso de no poder ocuparlo. Seguramente llegará un día en que os arrepintáis, pues vuestras ideas cambiarán y pensaréis con más fundamento que ahora. Cuantas razones me habéis mostrado se os antojarán, andando el tiempo, baladies, y entre otras la de que sería menester gastar en trajes y en dijes vuestro sueldo. ¿No sabéis que en todas las cortes un secretario va siempre vestido modestamente, si es insensato, y que en la del emperador sólo precisa un traje de paño fuerte, encarnado, con ojales negros, que así es como viste el emperador, y que además en Viena aprovechan más cien doblones que cuatrocientos en París. En fin, no volveré á hablaros del asunto; cumplí con mi deber, como cumpliré toda mi vida con mis amigos. Pensemos sólo, mi querido Thiriot, en realizar juntos sosegadamente nuestra carrera filosófica.

Dadme noticias de la edición de Chaulieu, que preferis á la embajada de Viena, y no apartéis por ello de vuestro espíritu todas las ideas de negocios extranjeros hasta el punto de no informarme del nombre y residencia del espíritu que transcribió *Marianne*, el cual acaso no rehuse el escribir para el señor duque de Richelieu. En fin, si la amistad que me profesáis, y que yo merezco, es una de las razones que os hacen anteponer París á Viena, trasladaos cuanto antes á mi lado y obligad á la señora de Bernières á venir para San Martín. Hallaréis aquí un nuevo canto de *Enrique IV*, que, á juicio del señor de Maisons, es el más hermoso